

***“Tú tienes palabras de vida eterna”***  
***(Jn. 6:68)***

Sal. 34:11-22; Jos. 24:1-2a, 14-18; Ef. 5:6-20; Jn. 6:51-69

Hohenau,  
Acción de  
Gracias.

Josué, sucesor de Moisés, está cerca del final de su vida, y le dice al pueblo: “Yo y mi casa serviremos al Señor” (Jos. 24:15). Servir a Dios, seguir sus mandamientos como familia, nunca fue fácil. Nos quejamos tal vez que las cosas han cambiado, que antes era así o asá, que ahora está toda la sociedad dada vuelta. Pero antes la vida también era difícil. La fidelidad a Dios como cristiano, como iglesia, como familia, como padres e hijos, nunca ha sido cosa fácil. Lo que pasa es que nuestra sociedad hoy llama “progreso”, cosas que a los ojos de Dios es un retroceso, una degradación y una vuelta a la oscuridad espiritual.

Sin embargo, la luz admirable de Cristo nos ha rescatado del pecado, el infierno y la muerte eterna. “En otro tiempo ustedes eran tinieblas –escribe san Pablo a los efesios–, mas ahora son luz en el Señor; anden como hijos de luz” (Ef. 5:8). Ser luz en medio de la oscuridad espiritual que nos rodea, significa estar al lado de aquel que es la Luz verdadera, Jesucristo. Significa estar cerca de Aquel que es capaz de traer palabras de vida eterna, y con esa palabra, convertir el corazón incrédulo, traer perdón y paz al alma, y hacer nuevas todas las cosas.

Frente a discípulos que no entienden a Jesús, que apenas le siguen porque tienen los estómagos llenos de pan, Jesús les advierte: “Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del Hombre, y no beben su sangre, no tendrán vida” (Jn. 6:53). Alimentarse de la palabra de Cristo es tan importante, y más importante aún, que comer el pan material. Alimentarse de Cristo es un doble sentido.

En primer lugar, alimentarse de Cristo, es estar nutriéndose constantemente de su santa Palabra. Él dice: “las palabras que yo les he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63). Cristo nos recuerda que un hambre y una sed espiritual, no pueden calmarse con cosas materiales. Muchos abandonan a Cristo porque piensan en él apenas como un proveedor de bendiciones materiales, de comida, salud y prosperidad económica; y cuando estas cosas comienzan a faltar, a su vez le dan la espalda a Cristo y se vuelven tras dioses falsos. Entonces Jesús, viendo que muchos le abandonaban, por causa de la falta de bendiciones materiales y temporales, les pregunta a los doce apóstoles con toda franqueza: “¿Quieren acaso irse también ustedes?” (Jn. 6:67). Entonces “le respondió Simón Pedro: ‘Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna’” (Jn. 6:68). Por eso, que la sociedad haga lo que quiera, que el corrupto siga corrompiéndose más todavía; que el desobediente a Dios siga desobedeciendo a Dios si quiere; que el mentiroso siga mintiendo si quiere, y el ladrón robe si así le gusta. Pero yo y mi familia no. Porque “yo y mi casa serviremos al Señor” (Jos. 24:15). Seguiremos firmes y fieles al Señor Jesucristo.

“Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn. 6:68), confesó Pedro. Ustedes, queridos padres, son responsables delante de Dios por la educación espiritual de sus hijos, por la enseñanza de la palabra de vida eterna en su familia. La principal vocación dada por Dios a los padres, es que eduquen en la fe a sus hijos, para que por medio de la Palabra de vida eterna, por el Bautismo, reciban los tesoros del perdón de los pecados y la vida eterna. Ustedes, cada día, deben enseñar a sus hijos el temor y el amor a Dios, la ley y el evangelio. Reúnanse como familia y estudien la palabra de Dios, oren y canten a Dios. Den espacio a Dios en su vida, de tal manera que como familia vengán a los cultos regularmente. Como dice el Salmo 34:11: “Vengan hijos, óiganme, el temor del Señor les enseñaré”. Y Efesios 5: “Que nadie los engañe con palabras vanas... Aprovechen bien el tiempo... No participen de las obras infructuosas de las tinieblas, sino antes bien denúncienlas... No se embriaguén con vino... Hablen entre ustedes con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al

Señor en sus corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5:6, 16, 11, 18, 19-20).

En segundo lugar, alimentarse de Cristo, es alimentarse, siempre que podemos, del sacramento la Santa Cena. “Se une la Palabra al elemento, y se hace un sacramento” (San Agustín). Cristo, la Palabra de Dios, es la palabra encarnada. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros,... lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). El amor de Dios es un amor encarnado. Por eso la Santa Cena es recibir el perdón y el amor de Cristo de una manera visible, palpable, concreta, encarnada. A través de la Santa Cena, la Palabra de Vida eterna se hace accesible para mí. En la Santa Cena, Cristo alimenta a su pueblo con el alimento de su propio cuerpo y sangre, en pan y vino, para recibir de él amor, perdón de pecados y vida eterna. Cristo enseña este milagro y misterio de la Santa Cena, cuando dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Jn. 6:54-56). Los discípulos entendieron bien las palabras simples y claras de Cristo. Las entendieron, pero no las aceptaron con fe, sólo unos pocos las recibieron con fe. La mayoría dijo: “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?” (Jn. 6:52). Por eso, aunque “ayunar y prepararse corporalmente es, en verdad, una buena disciplina externa [para recibir la Santa Comunión],.. es verdaderamente digno y estará bien preparado aquel que tiene fe en estas palabras: [‘Tomad, comed, esto es mi Cuerpo... Esto es mi Sangre] Dado y derramada por vosotros para remisión de los pecados’. Pero el que no cree estas palabras o duda, aquel es indigno y no está preparado, porque las palabras “**por vosotros**” exigen corazones verdaderamente creyentes” (Catecismo Menor de Lutero). Hoy día la mayor parte de las iglesias evangélicas enseñan que la Santa Cena es sólo pan y vino (o incluso jugo de uva), sólo un recuerdo del pasado, y desprecian la institución de Cristo, que nos invita a participar con frecuencia de su Palabra de Vida hecha sacramento, cuando dice: “Hagan esto todas las veces” (1 Co. 11:25b).

La Santa Cena, la Palabra de Vida que se puede recibir con la boca, beber y comer, les invita a ustedes padres a encarnar a su vez el amor y el perdón hacia sus hijos, en palabras y actitudes. Con el ejemplo, con gestos tan simples y cotidianos como el pan, que los hijos pueden ver, tocar, comer y beber, ustedes queridos padres están siendo llamados por Dios a encarnar su amor y misericordia. “¿Por qué tantos niños que se criaron en hogares religiosos dejan la fe de su infancia para no volver a recuperarla más?... Durante su entrenamiento religioso, algunos niños sólo experimentan la ‘ley’ de la palabra de Dios: ‘Haz esto. No hagas aquello. A Dios no le va a gustar si haces esto’. Bajo estas constantes exhortaciones, la religión se convierte en una telaraña: amenazadora, confinadora y represiva. Los niños que se criaron en la religión ‘telaraña’ harán todo lo posible para salir de ella, cuando crezcan, para no regresar jamás. Por otro lado, algunos niños experimentan una ‘religión’ que es como una red bajo la cuerda de un artista de circo. Así como la red protege al que camina sobre la cuerda cuando se cae, [así también] el evangelio de Dios, centrado en el perdón de Jesús [dado en su Bautismo, en su Palabra, en su Santa Cena], protege a estos niños cuando hacen errores, tropiezan o caen. En lugar de enredarlos y estrangularlos, esta ‘red del evangelio’ les perdona sus errores y les permite intentarlo otra vez. Si los niños experimentan la religión como una ‘red de evangelio’ o como una ‘telaraña de la ley’ se debe a lo que escuchan en sus hogares y a lo que ven en la vida de sus padres... Dios desea que amonestemos y animemos a nuestros hijos (Ef. 6:1-4). Pero debemos enfatizar el evangelio.”<sup>1</sup> Los niños deben experimentar el perdón de parte de sus padres, deben verlo como una práctica entre ellos, de manera encarnada, concreta. “Lo siento”, dice papá; “te perdono”, dice mamá. Y papá vuelve a decir: “Qué bueno es que yo y mi casa sirvamos al Señor”. Y mamá le contesta: “Sí, porque nuestro Señor Jesús tiene palabras de vida eterna”. Amén.

---

<sup>1</sup> Revista *Buenas Noticias*, N° 11, 1999, Saint Louis: Concordia Mission Society, pp. 20-21.